

lleno de sonidos, colores y pájaros y el alma se le abría al infinito. Entre lección y lección, la muchacha se asomaba y saludaba al cedro; le contaba todos sus pensamientos, sus alegrías y sus tristezas. Observaba el vuelo de las tórtolas desde el cedro a la antena de televisión de sus tíos y pronto aprendió su sonido para comunicarse con ellas. Fue testigo de una pelea entre la pareja de tórtolas y la de mirlos chillones y del nacimiento de varios gorriiones en primavera.

Un halo misterioso rodeaba al cedro y todos, tanto la niña reflexiva como la juvenil anciana y todos los habitantes del pequeño ecosistema, se sentían tremendamente atraídos y protegidos por el árbol. A la puesta de sol se dibuja la negra silueta del cedro sobre un cielo lleno de colores y por la noche la blanca luna sonreía a su lado.

Un día, al volver del colegio, la niña se asomó a la ventana para saludar a su cedro y se quedó sin palabras. Sólo había un birrioso árbol con las ramas medio cortadas. Por la tarde llegó una grúa y unos hombres con una motosierra lo fueron troceando poco a poco. Cada rama que caía era algo que moría. Las tórtolas iban de un lado a otro desorientadas y los mirlos chillaban desquiciados sobre los tejados. A la anciana no la veía...

De pronto, llamó la tía por teléfono y se puso a hablar a toda prisa:

—¿Os habéis enterado que están cortando el árbol? He ido a preguntar a la vecina. Sus hijos me han contado que era un árbol demasiado grande, que levantaba el suelo y que tenía riesgo de caerse y derrumbar las casas. Algún día tendrían que hacerlo... ¡Qué pena me ha dado! ¡Con la sombra que me daba en el patio! Pero bueno, así no tendré que barrer las acículas, que ya estaba yo un poco harta. ¡Ah! Por cierto, nos ha caído un palomo al patio ¡Qué susto me he dado! Casi se lo come el perro. Tu tío lo ha cogido y lo ha impulsado para que vuele; aunque no sabe volar aún bien, ya se ha ido. ¡Hala, adiós! Que me tengo que ir a Mercadona.

La niña se asomó a la ventana y vio al pichón en el tejado de sus tíos acompañado de sus padres tórtolas. Lo único que habían dejado del cedro era un trozo de tronco, abrazado por la hiedra; quizá para que la abuelita se consolara al verlo.

.....

Ahora, cuando me asomo a la ventana mientras estudio, veo, en lugar del cedro, viejos tejados de casas. Las tórtolas se han trasladado a los árboles de la plaza cercana; a veces, vienen, se posan en el tronco del cedro y beben el agua de la lluvia que se ha quedado en el hueco del corte. Yo conseguí rescatar una ramita del cedro, cuando lo cargaban en el camión. Hace unas semanas que está puesta en un jarrón con agua delante de una talla en madera de la Virgen del Pilar. Le han salido tiernas acículas verdes; ahí sigue vivo, para mí y mi familia, este pequeño ser. De cuando en cuando, cada uno nos acercamos a la rama y la observamos en silencio con la loca esperanza de descubrir un tímido brote de raíz...

Pilar Rodríguez Yus